

## Bibliografía citada

- DE LA GARZA, Mercedes, 1995. *Aves sagradas de los mayas*. México: UNAM.
- FRENK, Margit, coord., 1980. *Cancionero folklórico de México*, vol. 3, *Coplas que no son de amor*. México: El Colegio de México.
- \_\_\_\_\_, 1997. *Entre la voz y el silencio*. Madrid: Centro de Estudios Cervantinos.
- LE GOFF, Jacques, 1991. “Lo maravilloso en el Occidente medieval”. En *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Trad. Alberto L. Bixio. 2a. ed. Barcelona: Gedisa, 9-24.
- LEÓN PORTILLA, Miguel, ed., 1978. *Literatura del México antiguo. Los textos en lengua náhuatl*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, ed., 1969. *Augurios y abusiones*. México: UNAM.
- MAGIS, Carlos Horacio, 1969. *La lírica popular contemporánea: España, México, Argentina*. México: El Colegio de México.
- NOVO, Salvador, 1979. *Las aves en la poesía castellana*. En *Sus mejores obras*. México: Promesa, 69-90.

María Gabriela González Gutiérrez. *Hacer visible lo invisible. Estructuras y funciones de la adivinanza mexicana tradicional*. Puebla: BUAP/Plaza y Valdés, 1999; 180 pp.

Esta obra se ha propuesto el estudio del género popular de la adivinanza, en sentido estricto. Señala la autora que “la inquietud de analizar la estructura poética de la adivinanza abrió un horizonte insospechado de investigación [...], uno de cuyos eslabones es este libro” (27).

La autora revisa en forma acuciosa los diversos aspectos que considera pertinentes para lograr su objetivo. Inicia el libro con un capítulo sobre la intención de la adivinanza, que intitula “Un periplo en nombre de las palabras ocultas”, en el cual hace un interesante recorrido histórico-literario sobre el gusto, innato en el hombre desde la más remota antigüedad, por descubrir lo secreto, lo oculto, lo prohibido, detrás de la palabra. Cita ejemplos de *La epopeya de Gilgamesh* y de la Biblia, lo mismo que de obras de otros grupos culturales, alejados en el tiempo y en el espacio: griegos, romanos, egipcios, chinos, mexicas, maya-quichés, germanos, celtas, que han buscado y encontrado en los

enigmas, acertijos y adivinanzas un permanente reto a su inteligencia y su intuición.

Vale la pena añadir a este recorrido dos ejemplos que considero importantes: ante todo el de una de las primeras narraciones bizantinas en la literatura española, el *Libro de Apolonio*, del s. XIII, texto relevante del misterio de clerecía, cuyo relato comienza con las palabras:

“La verdura del ramo escome la raíz, de carne de mi madre engrueso mi seruiz”. El que adeuinase este vieso qué ditz, ésse auría la fija del rey enperadriz,

enigma que debía resolver aquel que pretendiese la mano de la princesa. La respuesta acertada la da Apolonio, rey de Tiro, conquistando con ello, no la prometida recompensa, sino el odio brutal y la condena a muerte, al poner de relieve la relación incestuosa entre el rey y su hija.

Y por otra parte, los enigmas de Sor Juana Inés de la Cruz, editados y estudiados por Antonio Alatorre en su libro *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer* (El Colegio de México, 1994).

En el segundo capítulo la autora se ocupa de “El deslinde: ¿enigmas, acertijos o adivinanzas?”, paso indispensable para separar estos tres conceptos, tan relacionados; los define de la siguiente manera:

*Enigma*: composición corta en la que, sin nombrar una cosa, se la describe por sus efectos y propiedades, en términos equívocos y ambiguos.

*Acertijo*: designación perifrástica de un objeto; exige razonamiento y precisión matemática.

*Adivinanza*: aquello que se pronostica conjeturando; composición corta, generalmente en verso, en cuya estructura se hace una pregunta, ya sea directa o indirectamente, por el nombre de una cosa o persona, oculto tras un juego ingenioso de palabras. Algunas de sus principales características serían: *a)* que pertenezca a la tradición oral y que se transmita de generación en generación; *b)* que contenga un elemento básico en su elaboración: la sorpresa (sin sorpresa no hay adivinanza); *c)* que siga la regla primordial de siempre decir la respuesta a quien no la sabe (lo que propicia la trasmisión oral del texto).

Para estudiar las estructuras y funciones de la adivinanza mexicana tradicional, su principal propósito de estudio, la autora organiza su cor-

pus de 400 adivinanzas en dos grandes bloques: las adivinanzas intrarreferenciales y las extrarreferenciales. El primer grupo incluye las adivinanzas que contienen un elemento en ellas nombrado y cuya complejidad estriba en la sensación de ambivalencia que la estructura de la adivinanza prevé. Se trata de nombrar el objeto y aludirlo y a la vez eludirlo (29), en un doble juego entre el ser y el parecer. Las segundas, las extrarreferenciales, tienen una gama temática mayor y generalmente responden a una clasificación por temas. Esta clasificación o cualquiera otra que se siga (fonética, sintáctica, semántica), sólo tiene el propósito de proporcionar un método de ordenamiento, como lo reconocen Gabriela González y todos los que nos hemos acercado al estudio de las adivinanzas, ya que los entrecruzamientos son más frecuentes en este género que en otros, y una misma adivinanza puede pertenecer a dos o más categorías.

El capítulo cuarto, intitulado “El texto y el contexto de las adivinanzas”, analiza tres aspectos fundamentales del género: la estructura ideológica, el contexto de emisión y la estructura gramatical. En cuanto al primero, la autora destaca la capacidad de las adivinanzas para exaltar las imágenes, ya sea de los espacios íntimos, ya de los relacionados con la naturaleza, que abarca hombres, animales y objetos, dentro de un contexto que manifiesta lo que la autora llama “un valor de intimidad, de calidez y de protección” (34).

Para ella son tres las dimensiones sensoriales que percibimos en las adivinanzas: los colores y las formas, la pequeñez y la vastedad, y la exaltación del sentido de la vista. “La poesía que hay en la adivinanza, dice, es eminentemente visual, aún más, es sinestética, ya que permite transponer las cualidades de un sentido a otro” (34). Esto lo ilustra con adivinanzas como la siguiente:

Una casita muy redondita,  
sin puertas ni ventanitas  
(*El huevo*).

Al hablar de las “representaciones especiales cosmocéntricas” (los astros, el cielo, el mar, las nubes), cita:

Cielo arriba, cielo abajo  
y una lagrimita en medio  
(*El coco*).

Otros aspectos a destacar en el rubro de la estructura ideológica de la adivinanza son, para la autora: la red de relaciones sociales, que abarca cuatro núcleos: la familia, la población rural, el clero y la nobleza, y los cuatro niveles de comprensión: el intelectual o lógico, el estético o sensorial, el didáctico y el lúdico o emotivo.

En cuanto al contexto de emisión, señala la autora la importancia que tienen en la adivinanza la situación contextual (el espacio en el que se convoca); el destinador (codificador o enunciador, es decir, toda la comunidad que concentra en un individuo la responsabilidad de divulgar el mensaje, como transmisor de un saber popular); el destinatario (quien, en una operación mental de inferencia lógica, habrá de asociar recuerdos visuales, táctiles y auditivos para descifrar el código oculto); el mensaje (creación de imágenes, analogías, relaciones y equivalencias, que deberán ser reconocidas dentro de una atmósfera de duda y sorpresa); el código (con el nivel lógico y el nivel estético), y el referente (expreso o tácito).

En relación con la estructura gramatical, la autora nos remite a la construcción sintáctica de la adivinanza y a los elementos que la conforman, ejemplificando cada uno de ellos. Dado su carácter de género oral, en la adivinanza juega un papel relevante el aspecto fonético, y la autora dedica parte de su estudio a la relación entre el sonido y el sentido. Afirma que:

la adivinanza se construye con la intencionalidad de ser transmitida oralmente y, por lo tanto, requiere de la participación de un receptor activo que escucha, interpreta y memoriza. Para ello la rima y los recursos estilísticos [...] se sujetan a ciertos paradigmas que la comunidad encargada de preservar la tradición adopta como una eficaz medida mnemotécnica (65).

En el último capítulo, Gabriela González Gutiérrez se aboca al estudio de las figuras del sentido, es decir a la estructura semántica de la adivinanza. Nada más intrínseco a la adivinanza que la presencia de los tropos y los metalogismos, ya que se trata primordialmente de un juego de tipo lógico-lingüístico que consiste

en la comparación de objetos con el fin de encontrar similitud dentro de la diversidad de formas, colores, sonidos y usos que esos mismos objetos y sus propios conceptos representan (77).

De las figuras retóricas destacan las siguientes: las de contigüidad y semejanza y las de procesos. Entre las primeras están, por supuesto, la metáfora y la metonimia y entre las segundas, la ambigüedad. Existen otras que vale la pena subrayar: la paradoja, la prosopografía, la prosopopeya, el calembur, la dialogía, la charada, el acróstico, la hipérbole, la comparación, la epanalkepsis, la anáfora, la “jitanjáfora”.

De todas ellas da la autora ejemplos muy interesantes, que hacen de la lectura de este libro un auténtico gozo. Se trata de un estudio crítico serio, sistemático, original y propositivo y de una aportación al rescate de esta tan importante tradición folclórica de nuestro país.

MARÍA TERESA MIAJA  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM